



OFICINA DE INFORMACIÓN

Intervención de Mariano Rajoy

Presidente del Partido Popular

“España y Portugal ante los retos actuales”

**Universidad de Verano del PSD
Castelo de Vide, 1 de septiembre de 2011**



OFICINA DE INFORMACIÓN

Buenas tardes, señoras y señores, queridos amigos. Quiero comenzar esta intervención agradeciendo la invitación del PSD para participar en su Universidad de Verano, de manera especial a Miguel Relvas y a los organizadores de este acto.

Para mi es una gran satisfacción poder compartir con un partido hermano algunas ideas sobre la situación de Portugal y España en el actual contexto internacional y, en particular, en el ámbito de la Unión Europea.

Quisiera hablarles de cómo veo yo a Portugal y a España ante los retos de la actualidad, entre los cuales ocupa un lugar muy importante la crisis económica.

Estamos asistiendo a una gran transformación en todos los órdenes. El mundo hoy es global, interdependiente y multipolar. Lo es tanto desde la perspectiva económica como también, y cada vez más, desde la perspectiva política.

En pocos años, el escenario que conocimos tras la caída del Muro de Berlín y la descomposición de la Unión Soviética se ha modificado profundamente. La consolidación de nuevos centros de poder es ya un hecho irreversible. Hace poco tiempo que China ha superado a Japón y ocupa el segundo lugar en la economía mundial. Incluso debaten los expertos si la economía china tardará una década o necesitará algo más para superar a la de los EEUU.

El novedoso acrónimo de los BRICS¹, acuñado hace pocos años, se ha convertido hoy en el símbolo de una nueva configuración mundial que, para muchos, se caracteriza, en esencia, por la transferencia de poder económico desde Occidente hacia otras economías emergentes en el mundo. La actual crisis económica-financiera está acentuando esta tendencia, puesto que es en la economía de los países occidentales donde golpea con más fuerza.

¹ Brasil, Rusia, India, China.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Hace dos décadas las discusiones se centraban, de forma optimista, en dónde convendría gastar los llamados dividendos de la paz. El fin del enfrentamiento bipolar parecía anunciar no sólo el triunfo del modelo democrático occidental, sino también la desaparición del fantasma de la guerra y de la violencia. Pronto, la invasión de Kuwait y los sangrientos conflictos de los Balcanes nos despertaron del ingenuo sueño de la paz duradera. En la primera década de este siglo, la amenaza del terrorismo yihadista mostró su cara más inhumana en Nueva York, Casablanca o Bali, pero también en Madrid y en Londres.

El mundo ha cambiado. Es global y multipolar, como he dicho. Pero los conflictos siguen, el terrorismo continúa, y a ello se han sumado otros desafíos globales como el cambio climático, la proliferación de armas nucleares, la piratería y las pandemias.

Pero, además de ellos, y en este momento, como una de las amenazas más importantes a las que nos enfrentamos, tenemos el desafío de la inestabilidad del sistema económico y financiero.

El complejo contexto internacional y el fenómeno de la globalización, los compromisos internacionales y las alianzas, obligan a los Estados, y ciertamente a nuestros dos países, a estar muy presentes en la escena internacional.

No sería posible eludir nuestras responsabilidades dándoles la espalda para recogerlos sobre nosotros mismos. Ya no cabe un repliegue nacional. El fenómeno de la mundialización y la inevitable participación en la comunidad de riesgos, difumina las fronteras entre lo exterior y lo interior. Participar en el mundo de hoy es tanto como hablar de cooperación internacional, de agrupaciones, de integración, de búsqueda de fórmulas conjuntas, en una palabra, de posturas comunes, para desafíos que también son comunes.

También está en transformación la Unión Europea, ese primer nivel de participación política para las dos naciones ibéricas. Cambia cada día que pasa. En efecto, la construcción europea lleva prácticamente 25 años en un cambio constante. Veinticinco años son, precisamente, los que han transcurrido desde la integración de España y Portugal en 1986.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Permítanme recordarles sucintamente esos cambios: en ese mismo año de 1986, aprobamos el Acta Única Europea; en 1992, Tratado de Maastricht; en 1997, el Tratado de Ámsterdam; en 2001, el Tratado de Niza y, por último, el más reciente, la aprobación en 2009 del vigente Tratado de Lisboa.

Han sido años, además, no sólo de cambios institucionales, de refuerzo en la integración europea, sino también de ampliación geográfica. Así, de los 12 Estados Miembros de 1986, hemos pasado en este cuarto de siglo a 27, gracias, especialmente, a la llamada quinta ampliación. La Europa comunitaria pasa de tener 321 millones de habitantes en 1986 a más de 500 millones en 2010.

Pues bien, en ese contexto global y multipolar al que antes me refería, se insiste, desde hace unos años, en la necesidad de una sólida política exterior común de la Unión. Tiene razón el Presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durao Barroso, cuando dice expresivamente que *“en el mundo global, el tamaño importa”*. Juntos somos mucho más fuertes que por separado.

Por eso el Tratado de Lisboa creó nuevos órganos e instrumentos para facilitar una voz común y una acción conjunta de los europeos en el mundo. Me refiero a la figura del Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, y al llamado Servicio Europeo de Acción Exterior. Hay que agregar las competencias que en el ámbito exterior ostenta el Presidente permanente del Consejo Europeo, Herman Van Rompuy. El fortalecimiento de la política exterior de la Unión se convierte así en una de las grandes aportaciones del Tratado de Lisboa.

Lamentablemente, cuando los europeos apostábamos por una proyección más robusta de la Unión Europea en el plano exterior, hemos visto resquebrajarse la solidez económica de la Unión, a causa, principalmente, de la crisis de la deuda soberana, que tanto lastra a algunos de los Estados que la componen.

La experiencia nos ha enseñado, también, que el Tratado no recoge los suficientes instrumentos necesarios de gobernanza económica y financiera para afrontar estos problemas. Por ello, estos dos últimos años, a toda prisa, a remolque de los embates de los mercados, ha sido preciso



OFICINA DE INFORMACIÓN

improvisar nuevos mecanismos y nuevas fórmulas que debieron, en su día, haber acompañado a la Unión Monetaria.

Esta es hoy la situación de la Unión Europea: volcada en los problemas internos, cuando confiábamos en que podríamos dirigir hacia el exterior las energías europeas.

Y, sin embargo, ese mundo exterior no espera. Siguen creciendo los BRICS. Persiste la complejidad de la situación en el Mediterráneo y en Oriente Medio, y se agravan los problemas que aquejan a buena parte del continente africano. Tampoco se han resuelto los grandes desafíos globales.

La Unión Europea no debiera, pues, replegarse sobre sí misma, pero si analizamos las agendas de las últimas reuniones de sus Jefes de Estado y de Gobierno, vemos que la atención está volcada, de nuevo, hacia las cuestiones internas. Las nuevas iniciativas y propuestas se focalizan, otra vez, en el interior del proyecto europeo, que vive momentos difíciles.

Queridas amigas y amigos, por centrarnos en nuestros dos países, tanto en Portugal como en España, la situación también está cambiando de manera drástica. Portugal ha tenido elecciones hace pocos meses. Nosotros, los españoles, las tendremos el próximo mes de noviembre. ¿Cuál es el legado de los gobiernos socialistas que han dirigido nuestros países durante estos años y que, en el caso de España, esperamos que no se prolongue más allá de unos meses? La respuesta es sencilla: estancamiento de la economía, alto endeudamiento, pérdida de competitividad, y la principal y más dolorosa consecuencia de todo ello, unas cifras de paro insostenibles.

Como resultado de todo ello, la atención de las instituciones financieras y de los mercados se ha fijado, entre otros, en nuestros dos países. Y ustedes conocen bien la severidad de las medidas que han tenido que adoptar en Portugal, de acuerdo con la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional, con el objetivo de enderezar el rumbo de su economía.

Los gobiernos socialistas negaron la crisis al principio. Después, cuando no pudieron negar la evidencia, la banalizaron como si se tratara de un malestar leve y pasajero.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Si me permiten, por un momento, referirme a lo que ha ocurrido en mi país, en España se nos anunciaban “brotes verdes” que, cada poco tiempo, quedaban marchitos. Lo más importante, lo más lamentable, es que se ha despilfarrado el tiempo y, con él, las oportunidades.

Hace un par de semanas, leí unas declaraciones del Presidente del Banco Mundial, Robert Zoellick, en las que decía que la lección de la crisis de 2008 es que *“cuanto más tarde se actúa, más hay que hacer después”*. Si no se hace un diagnóstico acertado sobre la situación, no es posible tomar las medidas adecuadas, ni es posible que los ciudadanos las comprendan y tampoco es posible combatir eficazmente la desconfianza. Cualquier política económica es incompatible con la desconfianza.

Pero volvamos al ámbito general. Nuestros dos países comparten en el curso de estos últimos años un objetivo claro: aproximar nuestros respectivos niveles de riqueza y bienestar a los de los países más prósperos de la Unión Europea. Desde nuestra entrada en la Comunidad en 1986, tanto Portugal como España han conseguido efectivamente progresos en esa dirección. Sin embargo, desde 2007 nos hemos estancado tanto unos como otros.

La experiencia de los últimos años nos demuestra que la común pertenencia a una unión monetaria, al tiempo que proporcionaba oportunidades y un área de estabilidad, exigía una disciplina estricta en las cuentas públicas. Una vez cedidas las políticas monetarias y de cambio por nuestra entrada en el euro, las ganancias de competitividad no pueden ya basarse en devaluaciones de nuestras monedas.

Dicho de otra manera, el euro es para nosotros una oportunidad, una gran oportunidad. Simplemente pensemos en la situación en la que nos podríamos encontrar en estos momentos de turbulencias financieras internacionales, si estuviéramos fuera de la moneda común. Pero una oportunidad y un seguro que exigen hacer muy bien los deberes.

Nos encontramos ahora, por tanto, en la necesidad de estabilizar nuestras cuentas públicas, a la vez que realizamos las reformas estructurales necesarias para relanzar el crecimiento económico, a través de la mejora de la competitividad de nuestros países. No es una



OFICINA DE INFORMACIÓN

tarea fácil, ni producirá efectos milagrosos inmediatos. Pero lo que está claro es que no existe una alternativa posible a este esfuerzo común.

Son ineludibles la combinación de las políticas de consolidación fiscal con las medidas de política económica orientadas al crecimiento sostenido y estable, a través de la mejora de la competitividad general del sistema.

A corto plazo exigen grandes esfuerzos. Pero sociedades maduras como las nuestras pueden aceptarlos –y de hecho en otros momentos los han aceptado- si se cumplen tres requisitos: el primero, que se les explique de una forma veraz; el segundo, que conduzcan a un futuro mejor, de acuerdo a un plan que la gente pueda comprender y compartir; y el tercero, y no el menos importante, que esos esfuerzos se repartan con justicia y equidad entre toda la población.

Pero, además de los objetivos que tenemos que perseguir de forma consistente en nuestras políticas económicas nacionales, también debemos esforzarnos por influir en el ámbito europeo en un sentido bien definido: el del avance hacia una unión política. La experiencia de esta crisis nos enseña que una moneda única sin los instrumentos de coordinación y convergencia de las políticas económicas y fiscales de los Estados, está en una situación demasiado frágil.

En un mundo globalizado en el que cada día pesan más los grandes bloques económicos, la Unión Europea no puede empequeñecerse, sino poner en valor sus fortalezas, entre las cuales una de las más importantes es integrar un mercado de más de 500 millones de personas, de un nivel de renta medio-alto. **Para eso es preciso avanzar decididamente en la *gobernanza* económica europea, persiguiendo tres objetivos: la competitividad, la coordinación y la solidaridad. Necesitamos más Europa y no menos. Más coordinación y no menos. Más unión política y no menos.**

Queridas amigas y amigos, España y Portugal no han nacido ayer por la tarde. Son dos naciones grandes y antiguas, que han escrito páginas imborrables de la historia universal. Nuestros pueblos fueron los avanzados de la primera globalización, con sus gestas al final de la Edad Media, que se tradujeron en descubrimientos y conquistas, “as descubertas”, como ustedes dicen aquí. Las dos naciones ibéricas abrieron las rutas del Nuevo Mundo y



OFICINA DE INFORMACIÓN

cambiaron el sentido de la historia, que dejó de girar alrededor del Mediterráneo para abrirse al Atlántico.

Pero no precisamos remontarnos al pasado para encontrar episodios memorables. En la década de los 70, libres de nuestros anacrónicos regímenes autoritarios, normalizamos nuestra situación política, homologándonos con los demás países de la Europa Occidental. Tras el cambio político interno llegó la integración en la Unión Europea, en las entonces Comunidades Europeas.

El año pasado se celebró el 25 aniversario de la firma de nuestros respectivos tratados de adhesión. En ese marco europeo nos redescubrimos mutuamente, nos reencontramos. Sí, porque más allá de las analogías entre los caducos sistemas políticos que nos habían gobernado, y de las afinidades en muchos aspectos de nuestra sociedad y de nuestra cultura, lo cierto es que españoles y portugueses vivíamos en una vecindad fría, casi de espaldas, “de costas voltadas”. Los unos miraban preferentemente hacia las costas británicas, y los otros lo hacían hacia el otro lado de los Pirineos. Nuestras miradas no se cruzaban.

Nuestro común ingreso en la Unión Europea también implicó, lógicamente, la recíproca liberalización de los intercambios bilaterales. La libertad de circulación de personas, capitales, mercancías y servicios, cosechó pronto magníficos frutos en la Península Ibérica.

En definitiva, nuestras relaciones adquirieron una nueva y rica dinámica, que debemos seguir impulsando. Hoy, la nuestra es ya una relación intensa en muchos ámbitos. También en el de la cultura. Españoles y portugueses, en América, en África, en Asia, dejaron antaño sus culturas y sus lenguas, lenguas que hoy son oficiales para más de 600 millones de personas en casi una treintena de naciones de varios continentes. Son las lenguas que emplearon Camões y Cervantes, Fernando Pessoa y Antonio Machado, José Saramago y Camilo José Cela, entre otros muchos escritores, que son hoy referentes universales de la literatura en español y en portugués.

En este sentido, celebro que españoles y portugueses estén incrementando el estudio de ambas lenguas en la enseñanza reglada, así como a través del Instituto Camões y del Instituto Cervantes. En mi etapa de Ministro de Educación del Gobierno de España, a finales de los 90, presté



OFICINA DE INFORMACIÓN

especial atención a que el español formara parte del conjunto de lenguas extranjeras de aprendizaje en el sistema educativo portugués, y me alegro de que haya fructificado esta idea.

También en el plano político nuestras relaciones son más fuertes. Se han sucedido las cumbres como mecanismos de concertación y de impulso de acciones bilaterales, y de lanzamiento de propuestas en el plano europeo. **Yo me esforzaré, si consigo el respaldo de los españoles el próximo noviembre, en recuperar la cadencia anual de esas Cumbres.**

Los dos países conocemos las ventajas que aporta el marco europeo. Somos conscientes de que la Unión es la mejor fórmula para defender los intereses de los europeos en el contexto global. El nuestro es un europeísmo de convencidos, tanto portugueses como españoles, luchamos por la adhesión a Europa y conocemos sus beneficios. Una Europa que ha contribuido poderosamente a nuestra modernización política, económica y social, pero a la que nosotros también hemos aportado muchas cosas. Entre otras, espíritu constructivo, iniciativas y nuestras dilatadas proyecciones exteriores.

En el marco comunitario son muchas las áreas en las que coinciden nuestras prioridades. **En nuestros dos países, la agricultura y la pesca ocupan un lugar muy importante, ambos sectores están actualmente en momentos cruciales. Me refiero a las reformas que se preparan de la Política Agrícola Común y de la Política Pesquera Común. Tenemos que procurar que los intereses de los dos países sean tenidos en cuenta debidamente.**

También la política de cohesión europea ha sido muy relevante para nuestro progreso económico en estos 25 años. Muchas de nuestras infraestructuras de transporte y medioambientales se han beneficiado de fondos europeos, que todavía seguiremos necesitando.

Por otra parte, como gallego, conozco especialmente los beneficios de la cooperación transfronteriza, y el aprovechamiento de la fórmula de la euro-región por Galicia y la Región Norte de Portugal, que han sido pioneras en su empleo. Quiero recordar aquí *la Comunidade de Trabalho* puesta en marcha en 1991 por Fraga Iribarne y Braga da Cruz, reforzando las iniciativas que ya habían lanzado Fernández Albor y Valente de Oliveira.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Tenemos que apoyar esta euro-región y los proyectos que favorecen su desarrollo.

La Península Ibérica, señoras y señores, está, desde el punto de vista geográfico, en la periferia del continente. En la Europa de los 27 esto es todavía más claro que en la Europa de los 12, o de los 15. La Unión Europea de hoy claramente ha basculado hacia el este. Se extiende hasta el Mar Negro. Sus límites están ahora en Ucrania y en Bielorrusia. Pero nosotros estamos en el borde sudoccidental, por eso **nos interesa que no decaigan los proyectos europeos de redes transfronterizas. Nuestros ciudadanos y nuestras empresas no deben verse penalizados por su ubicación geográfica, ni nuestras mercancías perder por ello competitividad.**

Hablar de nuestra ubicación geográfica, me lleva inevitablemente a referirme a los países de la ribera sur del Mediterráneo, y a la necesidad de que España y Portugal se esfuercen en que la UE preste a esta región africana una atención prioritaria. Desde el comienzo del año, los ojos del mundo están puestos en lo que allí ocurre. Durante demasiado tiempo, los europeos hemos dado preferencia en las relaciones con estos países al valor de la estabilidad, dejando a un lado el inmovilismo de sus dirigentes y su afán insaciable de poder.

Parecía que sólo cabían dos opciones: o los dictadores o el caos. Lamentablemente, este falso maniqueísmo se convirtió, de hecho, en uno de los principios rectores de las relaciones entre las dos orillas del Mediterráneo. Estos viejos autócratas no necesitaron hacer unas reformas que nadie les exigía desde fuera y que supieron reprimir cuando nacieron en su propia casa. Al final los cambios se han impuesto desde la calle, a un alto precio en vidas humanas y con unas consecuencias que todavía están por conocer.

Debiéramos contribuir a que las transformaciones en curso afloren regímenes representativos, respetuosos de los derechos humanos. Europa, especialmente en su área de vecindad, debe proyectar sus valores democráticos.

Debemos, pues, apoyar el giro renovador que la Unión Europea está dando a su política de vecindad, sin perjuicio, claro está, de la defensa de nuestros intereses nacionales. La política de vecindad debe primar, atender de forma preferente, a aquellos países en los que se



OFICINA DE INFORMACIÓN

están produciendo esos cambios y reformas democráticos. En lo que de nosotros dependa, la ayuda al desarrollo y la exigencia de respeto a los valores humanos deben ser inseparables.

Señoras y señores, Portugal ha aportado a Europa una profunda sensibilidad hacia el continente africano, al que portugueses y españoles estamos vinculados por la geografía y por la historia. Las cumbres celebradas entre la Unión Europea y África obedecen, en buena medida, al impulso portugués. Hoy los europeos somos más conscientes de que es necesario reforzar las relaciones con los pueblos africanos y contribuir eficazmente a su desarrollo y estabilidad, que redundarán en beneficio de todos.

Iberoamérica es otra área prioritaria para nuestros dos países. Muchos son los vínculos que nos unen con ese subcontinente. Vínculos del pasado, pero también del presente, en forma de inversiones, empresas conjuntas, intercambios humanos y culturales. Vínculos también de futuro, en los que tenemos que trabajar, con especial atención, al desarrollo de las Cumbres Iberoamericanas. El fortalecimiento de los lazos con esos países hermanos, que son, como nosotros, parte de Occidente, es uno de los retos del presente y del futuro para España y Portugal.

Como hemos visto, son muchos los retos globales que tenemos por delante. Afortunadamente no estamos solos. Contamos con la Unión Europea que debe ser, como antes dije, un instrumento eficaz para afrontarlos.

Soy consciente de que la Unión Europea, para muchos de los ciudadanos de hoy, en especial de las nuevas generaciones, ya no se legitima sólo por la paz que ha conseguido asentar en suelo europeo. La Unión Europea refuerza su legitimidad en la medida en que contribuya eficazmente a afrontar los retos presentes, desde la crisis financiera hasta la protección del medio ambiente, la ordenación de los flujos migratorios o la amenaza de la violencia terrorista. La Europa de la paz, la Europa de los ideales, debe ser acompañada también de la Europa de los resultados.

Pero no les quiero cansar más. He querido aprovechar la ocasión de encontrarme con ustedes en este maravilloso lugar de Castilo de Vide, para



OFICINA DE INFORMACIÓN

reflexionar sobre los retos que hoy España y Portugal tienen ante sí. Retos económicos y financieros, como los que impone nuestro presente, pero también otros retos de distinta naturaleza, en un contexto nuevo.

El nuestro es un mundo interdependiente y sin distancias, en el que se diluyen las fronteras entre lo que es doméstico y lo que es internacional. Los pueblos ibéricos, que fueron pioneros de la globalización, no deben contemplar temerosos los desafíos del presente. Todo lo contrario. Debemos afrontarlos con valentía y determinación, de forma coordinada y solidaria, junto al resto de los países de la Unión Europea, y en estrecha coordinación con los aliados del otro lado del Atlántico.

Si el pueblo español me da su confianza en las elecciones próximas, me esforzaré en perseguir estos objetivos.

Nos importa mucho que nuestros dos pueblos sepan articular sus voces en el seno de la Unión, sepan hacer valer el peso de esta península en el conjunto del continente, y estoy seguro de que podremos lograrlo porque sólo de nosotros depende.

Hablo de algo más que fijarnos una meta, de algo más que llegar todos al mismo sitio. Hablo de caminar juntos, de compartir esfuerzos, ayudas e ilusiones, para llegar antes y llegar mejor.

Sé que podemos caminar juntos, como sé que en esta tarea no ha de faltar la cooperación indispensable de los buenos amigos del PSD, del señor Primer Ministro, la de su gobierno y, lo doy por supuesto, la del pueblo portugués. Sólo me queda agradecerles, señoras y señores, su amable atención.

Muchas gracias.